

Inteligencia pastoral ¿Una cualidad innata o una habilidad que se aprende?

MIGUEL ANGEL GARCÍA MORCUENDE

Director de la Obra de los Salesianos de Santander

Síntesis del artículo

El autor describe qué significa la expresión "inteligencia pastoral" y las habilidades y actitudes que implica: la capacidad de tomar decisiones sensatas, cuidar a los más desfavorecidos, promover redes y buenas relaciones, capacidad de aprender e innovar, tener experiencia de encuentro personal con Cristo, saber dialogar y acompañar a cada persona y planificar la acción pastoral con lucidez.

#PALABRAS CLAVE: Inteligencia pastoral, proyecto pastoral, encuentro con Jesús, acompañamiento, discernir, red.

Abstract

The author describes what is meant by the expression «pastoral intelligence» and the skills and attitudes it implies: the ability to make sensible decisions, to care for the most disadvantaged, to promote networks and good relationships, the ability to learn and innovate, to have an experience of personal encounter with Christ, to know how to dialogue with and accompany each person and to plan pastoral action with lucidity.

#KEYWORDS: Pastoral intelligence, pastoral project, encounter with Jesus, accompaniment, discernment, network.

1 Inteligencia: ¿una o muchas capacidades?

Cuando se piensa en una «persona inteligente», la imagen que viene a la mente es la del erudito, el genio o el alumno de buen expediente académico. En el fondo, nos hemos acostumbrado a considerar nuestro nivel de inteligencia como algo directamente proporcional al coeficiente intelectual. Este ha sido y es una gran herramienta para medir las habilidades lógicas y lingüísticas de una persona.

El famoso psicólogo Howard Gardner en 1983 despertó un enorme interés cuando

concibe de otra manera la mente humana. A partir de su teoría de inteligencias múltiples, muchas investigaciones, publicaciones y congresos nos han advertido de que todos poseemos una forma de inteligencia compuesta de diversas capacidades y destrezas que se pueden desarrollar; son como bloques de construcción con los que se construyen el pensamiento y la acción; además, entran en juego factores biológicos, personales y culturales.

La psicología, neurociencia y biología se han encargado de abordar el tema de la inteligencia como un asunto complejo y polisémico. Actualmente se comprende que este tema

tiene diversas facetas que se representan como una jerarquía de capacidades. No existe una definición única; de hecho, expresiones como “inteligencia artificial”, “inteligencia emocional” o “inteligencia espiritual” nos remiten a múltiples significados. Así, a modo de síntesis, asociamos la palabra ‘inteligencia’ con esa capacidad para adaptarse a las circunstancias; con la habilidad para resolver problemas y modificar medios; con el talento de tener metas en diferentes escalas (a corto, medio y a largo plazo) y saber ordenarlas en prioridad; con tener memoria y ser capaz de diseñar tácticas y estrategias con creatividad.

Quisiera decir, de entrada, que nuestro objetivo no consiste en presentar las diversas explicaciones del intelecto. Nuestra pretensión se mueve en otro terreno. Pretendemos traducir la fuerza semántica de dicha palabra en el ámbito de la acción pastoral, esto es, expresar qué repercusiones nos sugiere la expresión “inteligencia pastoral” con el fin de inspirar algunos aspectos de la evangelización.

2 «Inteligencia pastoral» para época compleja

La Iglesia, en numerosos documentos, ha definido la naturaleza, la finalidad y las características de la pastoral. En los últimos años, todas las instituciones eclesiales vienen realizando grandes esfuerzos por profundizar y expresar mejor la identidad del hacer pastoral. En algunos contextos, se viene utilizando la expresión “inteligencia pastoral”, dos conceptos cargados de significado para dar ánimo a la acción evangelizadora, esto es, para diseñar y apoyar una pastoral audaz que requiera de voluntad y de determinación.

En verdad, aquellos que nos sentimos evangelizadores hemos de saber conjugar la inteligencia y la confianza indispensables para comprender, compartir e inclinarse sobre la realidad, sin renunciar al optimismo de la fe.

En otras palabras, es necesario abandonar la cultura de lamentación y del cansancio; aumentar, más bien, una mirada propositiva: estos son el tiempo y el mundo que el Señor ha confiado a nuestras manos.

Un acercamiento evangélico a la realidad creemos que debe pasar por dotarnos de esta audacia pastoral. La situación actual de la Iglesia y de la sociedad nos interpela, provoca reacciones diversas entre los mismos agentes de pastoral, altera nuestros planes. No hemos de olvidar que los «contextos» no son solo un lugar geográfico-territorial; hoy en día las distintas realidades locales se entienden más bien como lugar antropológico, relacional, cultural e intercultural, donde la «cultura» está ligada a una forma de pensar la vida, de actuar, de vivir y de convivir como ciudadanos y creyentes. La cultura no es sólo lo que el hombre produce, sino también la modalidad o las modalidades por las que el hombre ve la realidad, la interpreta e interactúa con ella. Una actitud pastoral sabia frente a la realidad consiste en afirmarla y aceptarla.

Si queremos iniciar y profundizar en la experiencia del Dios de Jesús de Nazaret se requieren evangelizadores con otra mentalidad, no solo con estrategias evangelizadoras diferentes, sino dispuestos a ser reconocidos como personas con «creatividad», «audacia», «astucia», «ingenio» (cf. nn. 203-204 de exhortación apostólica del papa Francisco, *Christus vivit*, firmada el 25 de marzo de 2019).

Para que la evangelización tenga viabilidad, resulta esencial conectar “inteligentemente” con el destinatario, identificar sus necesidades y sus anhelos de felicidad y proponer la Palabra revelada de Dios como una propuesta de sentido. Necesitamos una mezcla de conocimiento y valor, de opciones pedagógicas y de ‘sabiduría pastoral’ para suscitar un modo renovado de pensar la fe, de expresarla y de vivirla. En resumen, una “inteligencia pastoral”.

Una persona puede nacer con inteligencia, pero la sabiduría pastoral es una habilidad específica que necesariamente debe obtenerse. ¿Qué destrezas, articuladas entre sí, hacen posible que una persona actúe con “inteligencia pastoral”? Sintetizamos una lista. No tienen prioridad u orden de importancia, pero todas son esenciales.

3 «Micro-habilidades» para el desarrollo de la inteligencia pastoral

3.1 Ser capaz de tomar decisiones (sensatas)

Con el talante de la alegría que nace del Evangelio, el papa Francisco ofrece varias claves en la *Evangelii gaudium* para orientar la evangelización en el mundo contemporáneo. Bajo su impulso, los cristianos nos encontramos en un momento privilegiado para comprender y profundizar el contenido de la fe en un contexto cultural que está en continuo cambio. El papa invita a “recuperar la frescura original del Evangelio”, encontrando “nuevos caminos” y “métodos creativos”, a no encajar a Jesús en nuestros “esquemas aburridos”. Nos invita a “una conversión pastoral y misionera, que no deje las cosas como están”, una “reforma de las estructuras” eclesiales para que “todas ellas se vuelvan más misioneras” (*Evangelii gaudium*).

En otras palabras, necesitamos una pastoral movilizadora, esencial y propositiva, que ofrezca una nueva gramática de la fe para llevar a las personas al corazón del Evangelio, para reescribir con ellos la Buena Noticia, para desencadenar verdaderos procesos de conversión y personalización. Si queremos asumir por meta el logro de una vida feliz profunda y verdadera para las personas, es necesario arriesgarse en la decisión, afrontar el vértigo de las posibilidades. Hemos de aprender a vol-

ver a decir la propia fe de manera que pueda encontrarse con los modelos culturales propios del presente.

La fe no cambia en su contenido esencial, pero sí lo hacen las personas y el marco donde esa vivencia creyente ha de ser nuevamente confesada, comprendida y expresada en un ‘continuum’ de movimientos, en una secuencia de acciones, de palabras, de pequeñas intervenciones y de actos. La pastoral no es perezosa, requiere esfuerzo, supone un cambio, y como todos los cambios, nos obliga a salir de nuestro espacio conocido.

Además de organizar respuestas y estructurar las instituciones, todo agente de pastoral tendría que ejercitar la tolerancia ante los posibles fracasos pastorales, renunciar a estilos perfeccionistas y excesivamente autocríticos, rechazar esos diálogos internos cargados de auto reproches apostólicos (“no estar a la altura”) que dan vueltas por la cabeza. En estas tendencias suelen habitar los catequistas, sacerdotes, religiosos, animadores de grupos de fe, minando nuestra su pastoral y dificultando la toma de nuevas decisiones.

Quienes nos entregamos en cuerpo y alma a la pastoral de juventud compartimos el interés de invitar a los jóvenes a encontrar en el Evangelio la respuesta verdadera a sus anhelos más profundos. Creemos que “la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús”. Así empieza la exhortación apostólica mencionada más arriba. Y lo hacemos en un escenario histórico y eclesial complejo y en continua transformación.

Si bien nos encontramos ante una generación de jóvenes con unos niveles de información, comunicación y conocimiento desconocidos hasta la fecha, hoy más que nunca, los jóvenes necesitan llenar su corazón con mensajes de sentido, de vida y de sueños. El adjetivo “sensato” se refiere personas que tie-

nen en cuenta lo que sienten y lo alinean con su cabeza. La condición infantil y juvenil nos está impulsando a la creación de decisiones sensatas detrás de cada iniciativa, actividad, encuentro o proceso pastoral.

3.2 **No caer en la indolencia (abandono) frente a los menos favorecidos**

Completa el mapa de la “inteligencia pastoral” el compromiso por un mundo más justo y fraterno a la luz del Evangelio. Realmente esta causa compete a todo cristiano. El papa Francisco, a lo largo de su fecundo magisterio, nos exhorta a ser creativos, a ser audaces, a salir de las propias fronteras para llegar a las periferias del mundo y de la existencia. Los más pobres y necesitados son la orientación prioritaria de la acción pastoral de la Iglesia.

La mirada que hacemos ante las situaciones se encuentra condicionada por nuestros propios valores, que son el “cristal” a través del que miramos y con el que filtramos la información que recibimos del mundo. Es necesario, en este contexto actual, dotarnos de unos pastores ‘unificados’ y ‘unificadores’ que elijan una mirada samaritana hacia el mundo.

Cuando hablamos de “nuevas pobreza” parece razonable pensar en algunas cuestiones actuales que nos interpelan fuertemente, asuntos que crean ámbitos de pobreza a nivel personal y estructural. El drama de la pérdida de valores, como radicalización de la pobreza, lleva consigo sus satélites: el tema de una afectividad no integrada en la esfera de la pareja, la familia y la sexualidad; el campo del desempleo juvenil; la languidez religiosa y la falta de espíritu profético en sociedades de consumo; la desigualdad social que provoca miseria espiritual y material (hambre y analfabetismo). A ello hay que añadir la configuración de una serie de escenarios emergentes de riesgo social: la crisis medioambiental y el deterioro del entorno; la violencia en todos sus ámbitos y modalidades, la

amenaza de las adicciones a las TIC y a internet. Podemos decir que, en la biografía de muchas personas y familias, cercanas o alejadas a la Iglesia, hay nudos difíciles que deshacer, conflictos que son fuente de malestar.

Hay que saber decir no al paternalismo, a la dispersión, al cultivo de tópicos, a la mentira piadosa frente a la humanidad sufriente. Es evocadora la expresión de Pablo VI, al acabar el Concilio Vaticano II, en el periódico *Le Monde*: decía que la Iglesia se ha puesto al lado de las personas afligidas «para curar sus heridas y devolverle la esperanza». La expresión resume muy bien este aspecto del amor práctico-compasivo de la “inteligencia pastoral”.

Encontramos, a lo largo de nuestras realidades eclesiales, grandes razones para creer que el mensaje de Jesucristo está en condiciones de situarse en el actual horizonte de la humanidad herida y seguir ofreciéndole el bálsamo del Evangelio. Muy en línea con las orientaciones del papa Francisco, quien nos invita a la búsqueda de una renovación profunda de la experiencia espiritual, subrayando la primacía de la misericordia y alentando a todos los miembros de la Iglesia a salir a los caminos sin miedo al diálogo abierto con el mundo. Una Iglesia «más hogar que aduana; más mesa que estrado; más camino que callejón sin salida».

3.3 **Promover y canalizar redes y relaciones**

Necesitamos una recuperación de la pedagogía del signo. El clima de corresponsabilidad en las instituciones de Iglesia posee un alto valor testimonial; y este gesto descansa sobre la buena disposición de sacerdotes, consagrados y laicos. Promover redes y relaciones es la clave de bóveda para compartir una misión. Por ello, cuán importante es cuidar contextos de participación real, de ayuda y de apoyo mutuo. Podemos decir que superar el narcisismo y el individualismo es una

de las mejores contribuciones para plasmar el sello del estilo original cristiano.

La meta de la pastoral es ayudar a las personas a articular el conjunto de su vida, adoptando un estilo como el del Señor Jesús, humanizador y humanizante; y todo ello es posible si existen determinadas implicaciones comunitarias. La creación de la comunidad auténtica es uno de los primeros pasos en el alma de la evangelización.

Constatamos a veces que, al cabo de unos años, algunos agentes de pastoral que iniciaron con entusiasmo su compromiso, se encuentran agobiados, escasos de recursos y pasión, con poca motivación para seguir asumiendo sus responsabilidades y formando parte de proyectos que no les entusiasman. Para evitar estas circunstancias es necesario ver más allá de nuestra propia imagen reflejada en el espejo, enriquecernos mutuamente todas las vocaciones, compartiendo la misma "agenda de valores", estableciendo relaciones y vinculándonos para una cultura de convergencia. Para nadie es un secreto el elevado coste de prescindir de esta comunión en el servicio pastoral de nuestras instituciones.

La misión compartida no se limita a colaborar en las tareas domésticas y cotidianas, sino que avanza hasta la corresponsabilidad, lo cual supone participar en una misma pasión por el Reino, compartir información y decisión, intervenir activamente en los procesos de confección y evaluación de los proyectos pastorales y asumir responsabilidades desde las competencias y las posibilidades de cada uno. Para responder a los desafíos que la evangelización nos plantea hoy, necesitamos entonces una gran apertura de mente y capacidad para superar esquemas de relación y de gobierno que pudieron servir en otros tiempos, pero que ya no responden a las necesidades de este momento.

Por ello, es necesario apoyarse en una cultura del consenso y del acuerdo, de la participación responsable, donde cada uno aporte lo mejor de sí mismo para lograr un proyecto común que se sienta en todo momento como propio.

De manera que se vuelve apremiante la interacción dinámica entre todos los actores, con sus diversas aportaciones y grados de implicación en un mismo propósito «comunitario», más allá de un reparto de tareas. Su praxis concreta lo convierte, con el paso del tiempo, en un verdadero signo: ser capaces de compartir espiritualidad, estilo y misión.

3.4 *Estar abiertos para aprender y «desaprender»*

Una palabra que se repite en el magisterio del papa Francisco es "discernimiento". No es un término genérico sino una actitud con un significado específico. El discernimiento en confrontación con Jesús, hombre para Dios y para los demás, nos ha de iluminar sobre cómo hemos de ser hombres de Dios para los demás. Al agente de pastoral, si quiere ser seguidor de Jesús, le toca recorrer su propio camino tras Jesús. Por tanto, el discernimiento cristiano está en relación con el conocimiento interno del Señor Jesús.

Sabiéndonos llamados y amados, resulta muy importante, entonces, discernir los caminos que nos llevan a cumplir la voluntad del Señor para con nosotros, en este momento de la historia. En la práctica no se traduce solo en pasar por un proceso de ordenación total de la vida propia: es preciso tener una gran libertad interior. En la dinámica del discernimiento pastoral, de hecho, estamos llamados a crear espacios de búsqueda, abriéndonos así a una mayor receptividad, transparencia y permeabilidad al Espíritu. El discernimiento pastoral implica habilitar lugares permanentes de calma donde rezar, contrastar e identificar las mejores oportunidades que sostengan y

den sentido a la tarea pastoral. Percibir el paso del Espíritu en nuestra vida apostólica significa estar abiertos a aprender y a desaprender, madurar adhiriéndonos a la misión apostólica con las manos, el corazón y la inteligencia.

La sabiduría pastoral no surge de las experiencias apostólicas en sí, sino más bien de la reflexión que hagamos de estas experiencias, y las lecciones que hayamos aprendido de éstas. Decía Rudyard Kipling: “Seis honrados servidores me enseñaron cuanto sé. Sus nombres son: cómo, cuándo, dónde, qué, quién y por qué”.

Si antes había una “edad educativa” limitada en el tiempo, que iba desde el colegio hasta los estudios superiores, hoy el agente de pastoral está llamado a afianzar una actitud de aprendizaje continuo, una actualización que perdura durante toda la vida (*lifelong learning*). En la percepción de la realidad de cada uno de nosotros participan nuestros pensamientos y emociones, también nuestras experiencias, nuestra biografía vital, al igual que cuestiones culturales (educación, roles y estereotipos, creencias). Todo agente de pastoral tiene la misión de “desaprender” para arraigarse en cada contexto, para estar presente significativamente en cada época, para poder codificar los cambios, pensarlos y evaluarlos.

También hay que contemplar la posibilidad de rectificación sin entenderla como derrota. Rectificar requiere humildad, vencer el muro de orgullo y amor propios. Tenemos derecho a equivocarnos. De hecho, el inmovilismo es un gran peligro para todo aquel que se dedica a la pastoral. Sin una verdadera apertura, los agentes de pastoral se cierran en su propio recinto generacional y en la nostalgia (aturdimiento o desconcierto) de presuntos tiempos mejores, con los que se demuestra que ni comprenden al Pueblo de Dios ni asumen el dinamismo transformador del mundo actual.

Más aún, darnos espacios donde circulen las ideas no solo está orientado a las actua-

nes pastorales, sino que también cohesiona a los responsables de las comunidades cristianas y a los que están fuera: esas otras personas, instituciones y organizaciones que colaboran con nosotros en un proyecto capaz de aglutinar. Esto es, un viraje significativo, un antídoto que invita a cuestionarnos y salir de ciertos aprendizajes, algunos hábitos y muchas inercias.

Bien mirada la cuestión, podemos caer en la tentación de hacer planteamientos pastorales “líquidos”, siguiendo la expresión de Bauman, esto es, acomodarnos a las propias circunstancias ambientales o culturales sin suficiente perspectiva y crítica. El sociólogo polaco adjetiva la realidad como líquida porque se acomoda al entorno; el agua adquiere la forma de un vaso, no porque tenga esa forma, sino porque se la da el recipiente. A partir de este enfoque, resulta cada vez más apremiante la exigencia de una pastoral pensada, compartida, contrastada.

3.5 Para enamorarse hay que frecuentarse (también con Cristo)

La lectura de las sociedades actuales nos muestra que la cultura dominante ejerce sobre los jóvenes (y no tan jóvenes) una influencia que podríamos calificar de «seducción». Creo que no nos equivocáramos si dijéramos que ciertos planteamientos sociales no son una confrontación directa y argumentada de criterios, valores y actitudes, sino un cuestionamiento permanente al humanismo cristiano. Llegados a este punto, en muchos contextos, al creyente se le plantea la alternativa de tener que vivir a contracorriente, teniéndose que dar a sí mismo todos los días «razón de su esperanza». Es habitual encontrar personas en nuestros ámbitos eclesiales que padecen la tensión entre su deseo de vivir como cristianos y la dificultad práctica de hacer compatible esa opción con las “exigencias” de la sociedad.

Esta labor reclama a los agentes de pastoral el coraje de reconvertir determinadas propuestas o actividades, adaptándolas a los nuevos desafíos y liberando recursos, personas y creatividad para horizontes y proyectos más proféticos. Con frecuencia ciertas iniciativas pastorales quedan reducidas a slogans, dinámicas o gestos de corto recorrido, actividades “mecedoras” que nos mantienen en movimiento, pero no nos llevan a ninguna parte, no provocan ninguna transformación en el corazón.

Hemos recordado más arriba que estamos llamados a realizar una evangelización contextualizada, a poner los medios para que lo relacionado con Dios pueda interactuar con lo que es cada persona, con lo que forma parte de su contexto: su vocabulario, su manera de expresar el amor, el dolor, la amistad..., a transmitir el mensaje de Jesús a través de signos y palabras que “toquen” sus códigos culturales y hagan surgir una experiencia de encuentro.

Pero no hay que olvidar que los procesos de animación pastoral no pueden carecer de una buena vertebración de la espiritualidad cristiana en quien los lidera. Lo que está bien arraigado se sostiene y se eleva, crece y da fruto. La falta de una espiritualidad bien arraigada en los agentes de pastoral puede dar como resultado que “muchos jóvenes se aburran, pierdan el fuego del encuentro con Cristo y la alegría de seguirlo; muchos abandonan el camino y otros se vuelven tristes y negativos”, en palabras del papa Francisco en *Christus vivit*.

En este sentido, inteligente “pastoralmente” es aquel que anuncia de forma propositiva el Evangelio, hace creíble y atractivo su mensaje y procura vivir en conformidad con él. La propuesta pastoral no es un programa de actividades, sino un encuentro personal y amoroso abierto a lo imprevisto de Dios.

Tendríamos que conseguir que las personas se hicieran estas dos preguntas:

- ¿Qué experiencia tengo yo de Dios?
- ¿Quién es Jesús para mí?

Esta es, naturalmente, la cuestión fundamental. Si la conversión inicial al Señor no se ha producido, carece de sentido intentar orientar la vida como discípulos. Como ocurre en la amistad, si la relación no se cuida y alimenta, acaba muriendo. Si el diálogo entre el Señor que llama, y la respuesta confiada del creyente, no se repite y renueva continuamente tenderá a anquilosarse.

3.6 Recuperar el diálogo personal en la forma del acompañamiento

El acompañamiento personal de la vida cristiana implica un notable refuerzo, necesita personas adultas maduras y creyentes. Ayudar a personalizar la fe y a ponerla a la escucha y búsqueda del proyecto singular que Dios alberga sobre la vida de cada uno es un arte y una ciencia.

Por otra parte, podemos aprender a acompañar leyendo y haciendo cursos; pero no seremos nunca tan instruidos como por la experiencia: «el camino espiritual es un camino vivo que no se puede suplir con libros»¹. En la pastoral hacen falta acompañantes que hayan transitado personalmente por los caminos complejos de la vida y de la fe. Por ello, todo acompañante debe hacerse la pregunta adecuada antes de comenzar su rol de consejero:

- ¿Soy capaz de atender a la demanda de algo que ya poseo en plenitud: la sincera búsqueda de Dios?
- ¿Estoy dispuesto a dar generosamente de lo que he vivido, regalarlo, ponerlo a disposición de los jóvenes?

¹ Luis M^o García Domínguez, *El libro del discípulo. El acompañamiento espiritual*, Sal Terrae/Mensajero, Cantabria/Bilbao 2011, 14.

– *Para apelar a Jesucristo, ¿no hace falta previamente desearle, buscarle, encontrarle en mi intimidad?*

Un agente de pastoral ha de entender que acompañar es un apostolado. Es un ministerio de misericordia y requiere una gran flexibilidad intelectual, emocional y moral. Pero ante todo, uno ha de estar dispuesto a afrontar el propio pecado y percibir cómo Dios ha obrado en su vida; reconocerse hijo pródigo (Lc 15, 11-32) volviendo a la casa del Padre sin el peso de los propios méritos. Darse cuenta realmente de que somos más infieles de lo que nunca pensamos y Dios más fiel de lo que nunca merecimos.

El acompañamiento es un acto de fe permanente en el Espíritu Santo que obra en el corazón de los dos: el acompañante y el acompañado. Por eso, aquel que se confía a un acompañante, se confía también a su oración. El acompañante ora habitualmente, permanece ante Dios en silencio gratuito, mirando todo con Sus ojos, sin voluntarismos y compartiendo con Él las intemperies, las noches y los cansancios de la gente a la que acompaña.

Pues bien, el silencio de la oración no sólo pertenece al orden de lo importante, sino a lo esencial: debemos revisar en nosotros la conexión honda que, en fondo y en forma, hay entre nuestra vida y nuestra oración; cómo esa oración alimenta una relación auténticamente personal con Dios y sirve para mantener encendida la llama del amor. Quien sólo acompaña la vida de fe con técnicas de apoyo emocional, sin la oración, permanece solo en el ámbito de la competencia psicológica, relacional y comunicativa. Más que nunca se exige una vida interior lúcida y profunda para acompañar.

Cada persona acompañada posee una dignidad humana, que debe ser absolutamente respetada como tal. En consecuencia, todo el trabajo que tiene como objetivo asesorar, sugerir, estimular la propia manera de ser y de vivir, debe llevarse a cabo con la máxima

libertad. El Pueblo de Dios necesita agentes de pastoral, compañeros de camino que quieren entrar de visita en su casa, sin intenciones de quedarse dentro para siempre.

El acompañamiento espiritual tiene que ver con lo más íntimo, personal e inviolable de las personas, no nos exime del ejercicio sano de la libertad del acompañado. Con absoluta modestia se nos permite la entrada; desde la humildad de quien sabe que se le invita a participar, y sólo como acompañante, en el camino que recorre la persona acompañada. Él es quien señala el camino, quien conduce y quien da fuerzas. Nadie le puede suplantar. Somos testigo de una historia de salvación, a través de una historia personal. Por ello, en nuestra praxis pastoral hay que cultivar una permanente predisposición a la prudencia y a la paciencia, con silencios oportunos, para no caer en tres tentaciones: un rigorismo descorazonador, una autocomplacencia inmadura, o bien, un paternalismo pronunciado que anhela, en la relación con el otro, una reproducción del propio proyecto personal. Acompañar no significa ser «patrones», sino colaborar en un misterio, el de la vida de la persona acompañada: «No señores, sino colaboradores para vuestro gozo» (2Cor 1,24).

3.7 Planificar la propia acción (ejercicio de lucidez)

La visión cristiana del hombre reclama mantener juntos la fe, la cultura y la vida. Los frentes apostólicos son cada vez más numerosos, las solicitudes se multiplican, las necesidades urgentes nos someten a presión.

Las dos novedades culturales con las cuales los cristianos de hoy tienen que enfrentarse son: el reto de la dispersión y, por otro lado, la emergencia de la subjetividad (“ve donde el corazón te lleve”). En otras palabras, la creciente dificultad en la identificación de un sentido unificado de la vida y de la historia, la dispersión de las múltiples visiones del mundo, de las creencias religiosas, de la propagación de la teoría de la diferencia y de la alteridad nunca veri-

ficable en modelos antropológicos integrales; la otra, el primado del emotivismo, aparentemente inofensivo, porque dice resaltar los sentimientos y abogar por la libertad (esto es, "lo que sale del corazón es un argumento inapelable").

En conclusión: es necesario filtrar y priorizar una idea de la totalidad de la persona y su comprensión armónica de mente, corazón y cuerpo. La formación del creyente reclama saber cuál es el paradigma de base, la antropología de fondo, sin desproporciones o desequilibrios (espiritualismos, activismos, sociologismos, psicologismos, etc.). Por ello, toda acción pastoral exige tener un proyecto, una especie de «código vial», de acuerdo con esta visión global de la persona. La planificación pastoral es un proceso en el cual los agentes de pastoral se autodefinen como comunidad de fe en la medida que elaboran su propia declaración de misión, evalúan la vida de las personas que la integra y expresan los sueños y anhelos sobre su futuro.

En pastoral, la cuestión de los instrumentos operativos no es secundaria. De hecho, los planes o proyectos de pastoral no son un problema, son la solución de muchos problemas. Sentarse juntos a pensar en clave pastoral es esencial: saber hacia qué objetivo dirigirse, a qué velocidad se camina y cómo contribuir con la propia aportación y las propias razones. Planificar no es el resultado de "tecnicismos": es una mentalidad en la que el agente de pastoral se pone al servicio de las inspiraciones, donde se hace del mensaje evangélico una oferta propositiva meditada.

Planificar, evaluar, corregir la estrategia en los equipos de pastoral es un esfuerzo mental que obliga a varios procesos:

- genera estímulos y contactos;
- se pasa de lo espontáneo a lo previsible;
- emprende un proceso de largo alcance (no existen frutos en pastoral de la noche a la mañana);
- expresa visiones y sensibilidades porque integra el mayor número de personas;

descubre núcleos problemáticos y reconoce desafíos;

- aterriza ideas pastorales no improvisadas, sino reflexionadas y contrastadas en un proyecto ágil, sencillo y comprensible para todos.

Como cierre, podemos decir que la mentalidad de planificación no es un fin en sí misma; es una mediación esencial que alienta para un funcionamiento eficaz e inteligente en los ámbitos pastorales. Sin una planificación, no hay un cuidadoso análisis de la realidad (fidelidad a la gente) ni una clara y compartida definición de los objetivos pastorales (fidelidad a Dios), con estrategias adecuadas, pasos simples y conectados unos con otros. Estamos llamados a trabajar en círculos concéntricos, como lo hizo Jesús, que habló a la multitud, a los 72 discípulos, a los 12 apóstoles, a los tres elegidos..., con diferentes actitudes, itinerarios y profundidad.

PARA CONCLUIR

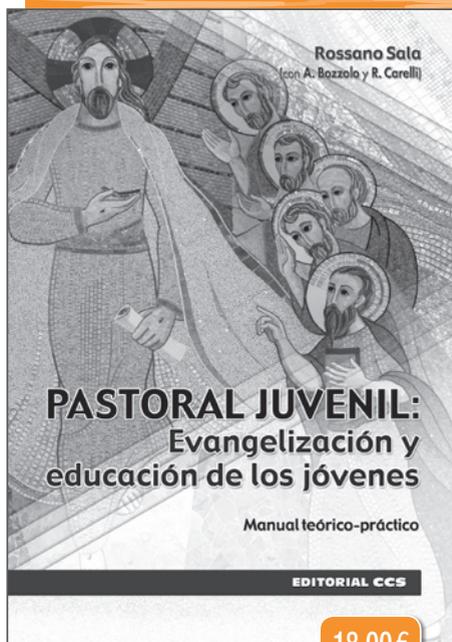
Estamos llamados a pertenecer y sentirnos Iglesia abierta, a seguir hablando, escuchando y dialogando sobre los grandes problemas que hoy afectan al mundo: la vida y la familia como bienes sociales fundamentales, los pueblos golpeados por la persecución religiosa o civil, el reto de la inmigración, el consumismo que no respeta el orden interior de los deseos, la preocupación ante el sufrimiento generado por la crisis social y moral que afecta a tantas sociedades, etc.

Las instituciones católicas hemos de responder a la lógica de la cercanía y de la proximidad con una "Inteligencia pastoral", venciendo el miedo, que paraliza y frena voluntad e iniciativa. Esta nueva mentalidad es una muestra palpable de una Iglesia que sale del templo y hace más grande y habitable su vestíbulo y su puerta de acceso.



PASTORAL CON JÓVENES

Reto y responsabilidad



18,00 €

Novedad



4,00 €



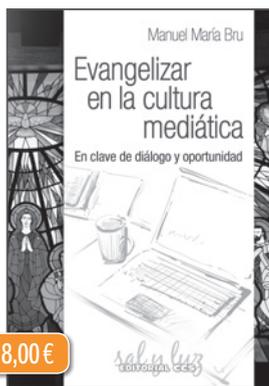
10,00 €



15,00 €



15,00 €



8,00 €



10,40 €

10,40 €

EDITORIAL CCS 75

www.editorialccs.com

facebook.com /EditorialCCS

@EditorialCCS

✉ Calle Alcalá 166. 28028 Madrid ☎ 91 725 20 00 ✉ sei@editorialccs.com